



El filósofo mexicano Luigi Amara publica un ensayo sobre las cabelleras postizas

La historia del mundo, contada a través de la peluca

XAVI AYÉN
México DF

Al filósofo Luigi Amara (México DF, 1971) no le parece adecuado que se tachen ciertas cosas “de nimias, frívolas o bagatelas”. Muy al contrario, él se preguntaba siempre: “¿Por qué habría unos temas más importantes que otros?”. Así que empezó a investigar “sobre el significado de la peluca de Andy Warhol, mucho más que una prótesis contra la calvicie, pues la convirtió en una instalación artística portátil” y acabó escribiendo la *Historia descabellada de la peluca*, que ha resultado finalista del último premio Anagrama de ensayo. La idea es, recorriendo momentos cumbre de la peluca en la historia de la humanidad, “alcanzar a ver aspectos de la vida en la tierra que desconocíamos”.

Libro-mosaico, por él desfilan reinas, filósofos, políticos, deportistas, el nazareno de Cádiz –conocido como el *greñúo*–, personajes de ficción como el protagonista travestido de la novela *El quimérico inquilino* de Roland Topor, y otros reales, como el tenista André Agassi o Salman Rushdie, quien, cuando adoptó la identidad de Joseph Anton para huir de la fetua, lo hizo poniéndose una peluca que le llegó en una caja de la que se asomaban unos pelillos, de modo que “parecía un pequeño animal dormido”.

Luigi Amara, cuya investigación no sólo le ha llevado a leer lo indecible sino también a organizar fiestas de pelucas –a las que ha acabado aficionándose–, explica que “no es un disfraz, el rostro sigue a la vista, pero opera una ligera transformación en la conducta”. Esta *Historia descabellada...* parece a ratos la traducción de un ensayo francés, porque son importantes los datos, pero sobre todo la interpretación novedosa y sugerente que se hace de ellos.

Mesalina, esposa del emperador Claudio, se la ponía para ejercer de prostituta en sórdidos lupanares romanos, pero en el siglo XVII, “por primera vez desde el antiguo Egipto, los varones se contagiaron de la pasión por los pelos fingidos”.



CHRISTOPHER MAKOS / KIM MANRESA / ANAGRAMA

La peluca de Kant era “blanca, tiesa y codificada, no le sentaba bien, y su criado tenía que enderezársela a cada rato, pero no prescindía de ella en ningún momento”. Asimismo, “Haydn fue el último compositor en usarla reglamentariamente, sus alumnos Mozart y Beethoven ya dejaron de lado ese adorno molesto”. La época de María Antonieta erigió delirantes torres, al estilo *fontage* cultivado por la reina, antecedente claro de Marge Simpson.

Muchos barceloneses descubrirán con extraño orgullo a su paisano De Sartine, un policía secreto francés que persiguió al marqués de Sade y a otros presuntos criminales ataviándose para ello con curiosos postizos.

Su papel erótico se analiza a la luz de las teorías de Georges Bataille, “que ya indicó que cuanto más irreales sean las formas de una mujer, mientras más desmientan su verdad fisiológica, mayor será su potencial erótico”.

Polisémica, la peluca puede ser símbolo de lo más solemne o de lo más irreverente: de estatus, de poder, de seducción, de diferencia sexual... Aparece en la música, en la literatura, en la pintura, en la escultura... “Me encantaría –concluye Luigi Amara– que el libro generara extensiones, como exposiciones o ciclos cinematográficos”.●



De la provocación a la solemnidad

La peluca de Andy Warhol (arriba) fue el origen del ensayo de Luigi Amara (abajo, iz-

quierda) y se vendió en Christie's en el 2006 por 10.800 dólares. Objeto polisémico, el autor

la muestra a la vez subversiva y solemne, véanse los jueces británicos (derecha), con sus pelucas blancas de pelo de caballo, vestimenta que en el 2007 fue abolida para los juicios civiles.